

Dani Francis

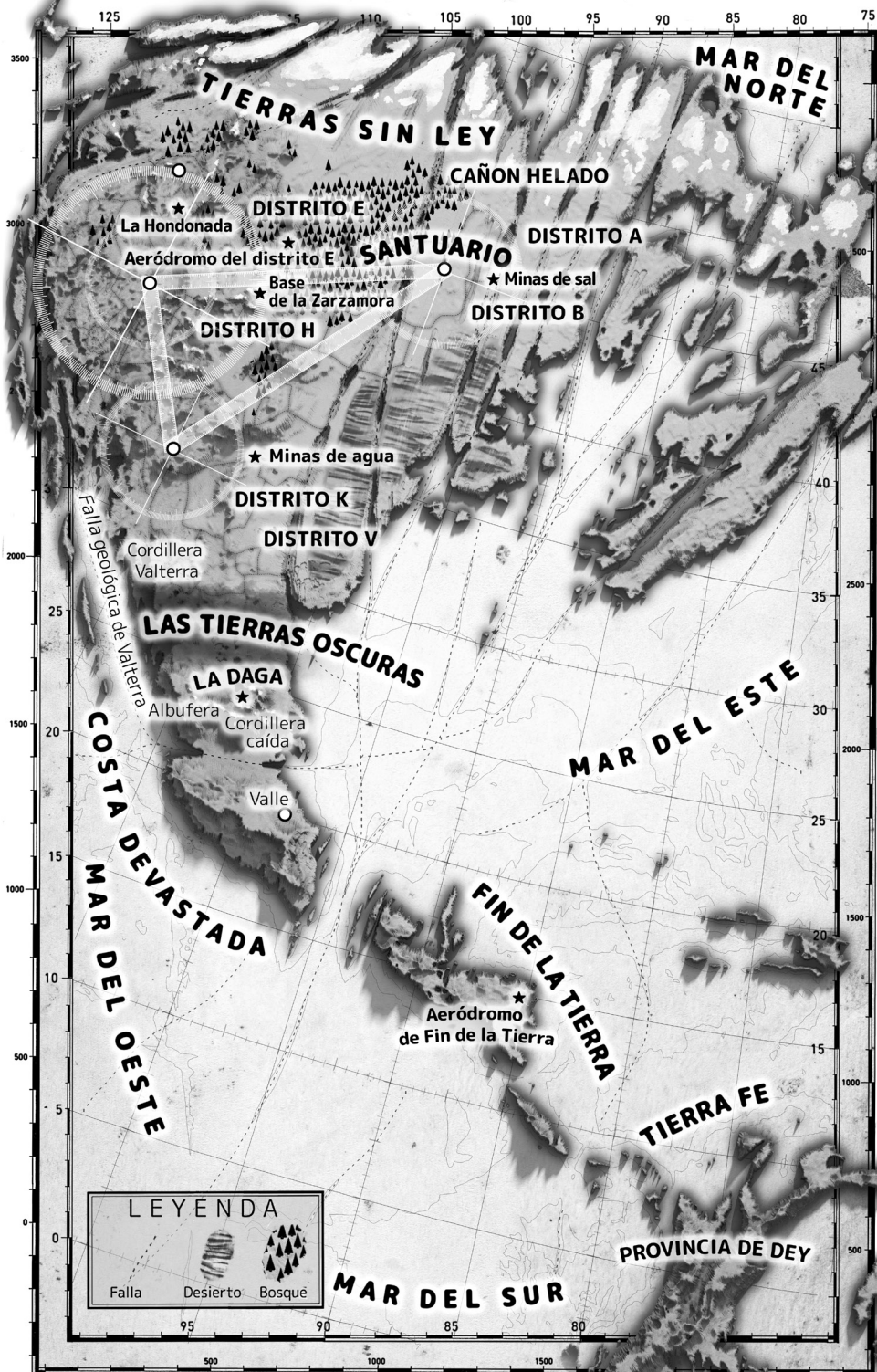
PALOMA CAÍDA



Traducido del inglés por Cristina Zuil González

FAERIS

E L C O N T I N E N T E



CROSS

PRÓLOGO



Todo en esta celda es justo como lo pedí. Los tubos fluorescentes cubren el techo, zumbando y parpadeando cada dos o tres minutos. La tubería oxidada de la esquina tiene de forma deliberada una fuga para llenar el silencio con un goteo constante. El aire es lo bastante frío como para que te penetre en los huesos. Las viejas manchas de sangre en el suelo de cemento sirven de recordatorio: «Nadie antes que tú ha vivido una experiencia agradable en esta celda y no serás la excepción; ya puedes empezar a hablar».

Como capitán de la sección Plata, sé lo fácil que es que alguien se desmorone. Que la herramienta más eficaz en un interrogatorio es la repetición. Haz algo muchas veces y la otra persona se volverá loca. Pronto ese goteo se transformará en un grito ensordecedor en tu cabeza. Las luces parpadeantes harán que quieras arrancarte los ojos. El frío te impedirá ordenar las ideas.

Quizá tardes horas, días o tal vez semanas, pero, al final, a medida que el tiempo avance, arrastrándose con una lentitud insoportable, esos molestos elementos implacables y metódicos comenzarán a minar tu cordura y empezarás a cuestionarte la realidad.

Por un lado, me alegra saber que la cámara de tortura que diseñé para encerrar a los prisioneros del Comando es tal y como la pedí, hasta el mínimo detalle.

Por otro lado..., ahora el prisionero soy yo, y es una puta locura.

Tengo las manos unidas por grilletes. Esos cabrones me han esposado.

La exasperación me constriñe la garganta mientras pruebo la resistencia de las cadenas de hierro de las que cuelgo y descubro que da igual lo mucho que me sacuda y tire de las muñecas unidas: no voy a ir a ninguna parte. Las cadenas tintinean con cada movimiento que hago, tensándome los brazos. Joder, los hombros me están matando.

No tengo ni idea de cuánto tiempo tienen pensado mis hermanos dejarme aquí. El mayor, Travis, es pragmático; da igual lo cabreado que esté conmigo, sabe que le seré más útil sobre el terreno que en una celda. Pero Roe, con sus dieciocho años, tiene la mecha tan corta que apenas se ve, además de problemas con la autoridad y aires de grandeza. Dale una pizca de poder a ese crío y se vendrá arriba.

No me puedo ni imaginar el subidón que debe de estar sintiendo ahora mismo. Durante años, lo mantenía a raya su necesidad patológica de ganarse la aprobación de nuestro padre. Roe estaba desesperado por conseguirla, por aceptar las migajas de atención que el general lanzara en su camino.

Pero nuestro padre ya no está. Sus enemigos le han destrozado la mente, convirtiendo al formidable Merrick Redden en un vegetal de carne y hueso. Y ahora que el nuevo general del Continente es Travis, Roe tiene por fin la oportunidad de escapar de la sombra de nuestro padre y demostrar que no es un pedazo de mierda malcriado con unos celos terribles a sus hermanos mayores.

Estoy tirando de las cadenas de nuevo cuando se oye un pitido penetrante procedente de la puerta de acero. Se abre y entra mi

hermano pequeño. Roe curva los labios en una sonrisa de satisfacción cuando asimila la escena: estoy colgado del techo como el cadáver de un animal en el matadero.

—Buenos días, hermano —dice, arrastrando las palabras—. ¿Qué tal has dormido?

Se acerca a mí, recorriendo con largas y rápidas zancadas la distancia que nos separa. Al igual que Travis y yo, supera la altura media, pero no es tan fornido como nosotros. Aun así, todavía es joven; esa figura tan desgarbada tal vez ensanche.

Como no respondo, Roe entorna sus oscuros y penetrantes ojos en señal de desaprobación. Su parecido con nuestro padre siempre me ha puesto los nervios de punta. Cada vez que veo sus facciones afiladas, deseo por instinto alejarme de él.

—¿De verdad? ¿Me estás castigando con tu silencio? —se burla—. Ay, ¿alguien está de mal humor porque la ha cagado?

Arqueo una ceja.

—¿Qué esperas conseguir viniendo aquí, hermano? —pregunto con retintín—. ¿Buscas una disculpa? ¿Que suplique por mi vida? Porque ambos sabemos que no va a pasar.

Roe aprieta los puños. Odia que le hable así. Con lentitud, de forma pausada, como si me estuviera riendo de un crío. Quizá sería menos cabrón con él si no fuera un niñato inmaduro que se ha pasado la mitad de su vida odiándome y la otra mitad queriendo ser como yo.

—No, el todopoderoso Cross Redden nunca suplicaría —replica Roe—. El hijo favorito, el puto don Perfecto, nunca comete errores, ¿verdad? ¿Por qué iba a responsabilizarse de sus actos?

Sus quejas infantiles me provocan una carcajada que solo consigue enfurecerlo aún más. Quiere que ataque, que me defienda. Le molesta que logre mantener la compostura en cualquier situación. Siempre ha sido así. La mayor debilidad de Roe es que él no lo consigue. Nunca. Por eso no quería que formara parte de la sección Plata. Solo aprobé su entrada en el programa de formación porque nuestro padre no me dio otra opción.

—Bueno, ¿sabes qué, don Perfecto? —continúa cuando me quedo en silencio—. Sí que cometiste un error. —Ahora sonrío, satisfecho y engreído—. Metiste la polla en una infecta, y sus amigos Aberrantes y ella han volado tu querida base del Comando.

Mantengo la expresión impasible, pero por dentro hiervo de rabia. Si no estuviera encadenado ahora mismo, le arrancarí la garganta con mis propias manos por despreciar así a Wren. Mi chica no es defectuosa. Nunca lo ha sido y nunca lo será.

—Y soy yo quien pilló a esa zorra —se vanagloria—. Por eso tú estás aquí y es a mí a quien han ascendido.

—Me alegro —digo, cortés—. ¿A qué puesto te hemos ascendido, hermanito?

Cruza los brazos sobre su pecho delgado, orgulloso de sí mismo.

—A primer teniente.

No reacciono y sé que eso lo destroza por dentro. Roe se acerca, aunque mantiene una distancia de seguridad. El niño no es tonto. Sabe que, si se aproxima lo suficiente, puedo rodearlo con las piernas y partirle ese cuello enclenque por la mitad. No necesito las manos para hacerle daño.

—Ahora todos ven lo que eres. El capitán Cross, invencible e infalible, degradado por culpa de una mujer. Y no una cualquiera, sino una maldita Sangre Plateada.

No lo niego. Antes de que me detuvieran, decidí que admitiría algunas cosas. Negar todos los crímenes solo conseguiría que mi hermano mayor se enfadara más. Travis necesita sentir que ha ganado, aunque sea en parte.

—Darlington me engañó —le reconozco—. Le puede pasar a cualquiera.

—A mí no —alardea Roe, desterrando todas las posibilidades de haber madurado desde ayer.

—Vaya, deberían darte un ascenso. —Un relámpago le cruza los ojos y no puedo evitar reírme de nuevo—. ¿Qué quieres de mí, Roe? ¿Que te nombre el mejor soldado del mundo? ¿Que te declare una especie de superdetector de Sangre Plateada?

«Porque tus habilidades de detección son una mierda», quiero espetarle, reprimiendo otra carcajada. Poseo el poder de la telepatía desde que tenía ocho años. Es útil que mis venas no me delaten como les ocurre a otros Modos, que no pueden usar sus dones sin que parezca que las venas se les inundan de plata líquida. Pero Roe nunca ha sospechado que soy uno de ellos. Nadie lo ha hecho.

—Eres la hostia, Cross. —Roe niega con la cabeza, incrédulo, porque alguien con una fuerza de voluntad tan débil como la suya es incapaz de imaginarse que una persona en mi posición no suplique piedad—. Incluso ahora crees que tienes el control. Piensas que llevas la voz cantante, pero no es así. Ahora Travis es el general. La Compañía está bajo su control —continúa, enfatizando el «su»— y no va a ceder ante ti como solía hacerlo papá. Con él podías ser todo lo indulgente que quisieras con los Aberrantes. Por eso bajaste la guardia y dejaste que el enemigo se uniera a nuestras filas. —Luego, farfulla en voz baja, enfadado—: Le diste un puesto en la Élite Plateada.

Ah, así que ese es el palo por el culo que le está molestando. Una sonrisa me curva las comisuras de la boca.

—¿Por qué me miras así? —musita.

—Lamento desilusionarte, pero, aunque Darlington no hubiera estado en el programa, el puesto en la Élite no habría sido tuyo. Nunca formaste parte de mi lista.

Se estremece como si le hubiera abofeteado y el cuerpo entero le tiembla de rabia. Ese es el problema de Roe. Su incompetencia autopercebida siempre le nubla el juicio, haciendo que ataque y cometa errores en su intento continuo por demostrar lo que vale.

Muevo los hombros para estirarlos, ignorando la punzada resultante de dolor. Llevo casi un día entero colgado de estas cadenas.

—Eso está fuera de tu alcance, Roe —digo con brusquedad—. Por mi parte, Travis puede ascenderte a coronel, pero eso no cambia el hecho de que no tengas ni la formación ni la experiencia suficientes para llevar a cabo operaciones en los distritos.

—No se necesita mucha experiencia para reunir a todos los Aberrantes y darles una patada en el culo para que entren en los campos de trabajos forzados —responde, despectivo. Hace una ligera pausa antes de continuar—. Aunque ahí es donde nuestro hermano y yo chocamos. Me importan una mierda si son esclavos o leales. La única solución es ponerlos en fila ante el pelotón de fusilamiento. —Roe me dedica una sonrisa maliciosa—. Empezando por tu novia.

Me encojo de hombros y una nueva punzada de dolor me recorre los hombros.

—No es mi novia.

«Solo es la razón de mi existencia». Casi nada.

—No, ¿eh? —Ensancha aún más su sonrisa—. Entonces, ¿por qué la ayudaste a escapar?

Mantengo una expresión neutra. Que Wren pudiera escapar es la razón de que esté aquí, pero sé que Travis no está del todo convencido de que yo haya traicionado a la Compañía, algo de lo que Roe no tardó en acusarme. De hecho, se deleitó con la idea.

—No tuve nada que ver con ese tema —digo—. Xavier actuó en solitario.

—Ambos sabemos que Ford no se hace ni una paja sin pedirte permiso primero. No desertaría por esa zorra. No a menos que tú se lo pidieras.

Le sostengo la mirada, ocultando mi irritación.

—¿Cuánto tiempo pretende Travis tenerme aquí?

Roe no se ha mostrado más satisfecho en la vida.

—Durante todo el tiempo que estimemos necesario.

«Estimemos». Intento no reírme, sobre todo porque empiezo a sentirme mal por el pobre crío y no quiero seguir burlándome de él. Pero venga ya, Travis no es idiota. No va a dejar que Roe tome ninguna decisión. Al menos, no las relevantes.

—Creo que una semana, tal vez dos, deberían ser suficientes para que te aclares las ideas —dice Roe, aún sonriente, mientras se dirige a la puerta—. Para que recuerdes a quiénes debes ser leal.

Sale y cierra con llave, condenándome otra vez a sufrir la luz esporádica y el goteo continuo de la tubería. No sé cuánto tiempo pasa, pero se me está empezando a entumecer toda la parte superior de la espalda cuando noto una presión familiar en la nuca.

Wren.

El alivio me recorre el cuerpo. De inmediato, acepto el vínculo telepático.

¿Todo bien?, le pregunto.

Sí. Ya hemos llegado.

Su voz me inunda los oídos, desprendiendo una descarga de emoción que me empujaría a caer de rodillas si no estuviera colgado del techo. Han logrado cruzar las Tierras Oscuras. La verdad es que no lo he dudado en ningún momento: Xavier sabía qué ocurriría si permitía que Wren sufriera daño alguno.

Durante un segundo, me planteo contarle que estoy encerrado en una prisión militar, con los brazos por encima de la cabeza, pero ya está lidiando con suficientes follones ahora mismo. Conociendo a Wren, abandonaría su plan de unirse a la Revolución e irrumpiría en Santuario como un maldito huracán solo para rescatarme.

Y yo no necesito que me rescate. Mis hermanos no van a matarme. Aún les soy de utilidad. Además, me tienen aprecio. A su modo. Travis, sin duda. Roe... Supongo que depende de lo celoso que esté ese día en concreto.

No puedo hablar, continúa, *solo quería decirte que...* Se produce una pausa. *Decirte que te quiero.*

Con esas dos palabras el corazón se me hace tres veces más grande. Wren no tiene ni idea de lo que significan para mí, de la emoción profunda y pura que me atenaza la garganta al saber que me quiere.

Una puta maravilla, ¿verdad? Me he pasado años huyendo de cualquiera que se acercara siquiera a darle voz a esa emoción. Cada vez que notaba que una mujer estaba desarrollando sentimientos profundos por mí, desaparecía. Chao. No lo permitía

porque sabía que no había ni una remota posibilidad de que yo pudiera devolverle ese amor. No cuando mi corazón ya pertenecía a otra persona.

Esta es una de las razones por las que no me negué a acostarme con Wren antes de saber quién era en realidad, al menos después de superar el hecho de que fuera mi subordinada. Estaba tan cerrada en sí misma y tan poco disponible emocionalmente (para mí y para cualquiera) que no temí ni por un segundo que fuera a enamorarse.

Sin embargo, era yo quien estaba desconcertado; aquella mujer se había colado bajo cada poro de mi piel y me molestaba enormemente que no me dejara entrar en su mundo. Aquello solo hacía que me sintiera más decidido a romper su coraza. En retrospectiva, sospecho que una parte de mi ser debió sentir, en el subconsciente, que se trataba de Margarita, la chica con la que llevaba vinculado telepáticamente toda la vida.

Yo también te quiero, palomita, digo, y estoy a punto de echarme a reír porque eso es un puto eufemismo. Esas palabras tan sencillas y humildes no se acercan siquiera a describir la profundidad de lo que siento. Mis sentimientos por ella son una fuerza de la naturaleza. A su lado, me cuesta respirar y se me hace imposible controlarme.

Esa mujer es mi puta dueña.

Siempre he sido un maestro del control. Mi padre y yo éramos parecidos en ese sentido. Pero, en cuanto conocí a Wren, desató el caos en mi interior. Joder, nadie en este mundo me ha hecho sentir tan indefenso y tan vivo al mismo tiempo. Me robó el corazón cuando éramos unos críos, y será suyo hasta el día en que me muera.

Ya hablaremos cuando puedas, añadido, y, aunque no hay nada que desee más que oír su voz en mi cabeza durante todo el tiempo posible, no la detengo cuando interrumpe la conexión telepática.

Si siguiéramos hablando, seguro que intuiría que algo va mal. Margarita siempre sabía cuándo no insistir con algún tema, pero

estoy descubriendo que Wren... no tanto. Wren Darlington es demasiado cabezota y astuta.

Aún estoy intentando reconciliar las dos partes que forman la complicada mujer a la que quiero. Por un lado, está Margarita, mi mejor amiga y confidente desde la infancia, a cuya mente me conecté hace muchos años, la chica que me mostró sus vulnerabilidades y descubrió todas las mías. Y por otro está Wren, que es fuego y pasión, la mujer que, en cuanto nos vimos, me atrajo de una manera que no tiene ni un ápice de sentido.

Cuando una oleada de agotamiento me recorre el cuerpo, cierro los ojos y apoyo la cara en el bíceps, que me tiembla por el esfuerzo de permanecer por encima de mi cabeza durante horas.

Espero que Wren esté bien. Confío plenamente en que Xavier la mantendrá a salvo, sé que recibiría un balazo por mí o cualquiera que me importe, y que yo haría lo mismo por él sin dudarlo. Pero cada fibra de mi cuerpo me grita que proteja a Wren, y la idea de delegar esa tarea en otra persona, aunque sea mi mejor amigo, hace que quiera golpear una pared con el puño.

Me costó mucho no irme con ellos después de que consiguiéramos sacar a Wren de la ciudad, pero aquí me esperan asuntos urgentes. Mi madre. Mis hermanos y sus ansias de poder. Y el hecho de que todavía no sabemos el alcance del daño que le han provocado a mi padre en el cerebro.

Xavier mantendrá a Wren con vida mientras pongo orden en mi mundo. Pero como le toquen un pelo de la cabeza, reduciré a cenizas el Continente entero.

ALERTA ROJA

NOMBRE: Wren Darlington

RANGO: Soldado raso

DISTRITO: Z

ESTATUS: Aberrante

ÚLTIMA UBICACIÓN CONOCIDA: Santuario

SE BUSCA POR:

<Delitos graves> Traición, encubrimiento

<Delitos menores> Destrucción de la propiedad

DETALLES ADICIONALES:

AÑO DE NACIMIENTO: 5 E. N.

EDAD: 20

RASGOS DISTINTIVOS: Marca de sangre, muslo izquierdo

ATENCIÓN:

La sospechosa es una francotiradora con gran experiencia. Antigua agente de la Élite Plateada. Habilidades de Aberrante desconocidas, pero la presencia de la marca de sangre indica que quizá sea muy poderosa. Proceder con mucha precaución.

ACCIÓN:

Matar en el acto.

WREN

CAPÍTULO 1



«Te llamas Stella Hess. Stella Hess». Mi mente no deja de darles vueltas a esas palabras, más rápido que la hélice del helicóptero que gira sobre nuestras cabezas. «Stella Hess».

El nombre no me resulta familiar. Me parece inadecuado, como una prenda que no reconozco pero que los demás insisten en que me pertenece. La talla es la correcta, me queda bien, pero sigo sintiendo que llevo la ropa de otra persona. No recuerdo ser Stella, pero no es inconcebible que lo fuera. Debía de llamarme de alguna manera antes de que Jim Darlington me sacara de Santuario ante la insistencia de mi madre, quien le confió mi protección a su mejor amigo en cuanto empecé a manifestar los poderes psíquicos exclusivos de las personas Modificadas.

Mi madre, cuyo nombre también he averiguado: Marina Serrano. Una mujer que creía que era valiente, que se infiltró en el Comando con la única intención de arrasar con toda la institución desde dentro. Con la ayuda de mi padre, dedicó su vida a salvar a los Modos en el Continente. Juntos estaban dispuestos a correr todos los riesgos necesarios para alcanzar ese objetivo.

Y yo soy el producto de su amor inspirador, la heredera de su lealtad constante a la causa.

Ah, un segundo. Todo eso son gilipolleces.

Porque ¿todo lo que creía que sabía de mis padres? Es mentira. Una invención. Lo peor es que he descubierto la verdad a través de la carta de un hombre muerto, una carta que quizá nunca habría encontrado si no me hubiera visto obligada a huir de la ciudad por segunda vez en mi vida.

Todas las palabras que el tío Jim garabateó en la hoja se me han grabado en el cerebro como si fueran el hierro con el que marcábamos al ganado en el distrito Z.

«En la Revolución, los conocen como los “Traidores de la sección Estaño”. Son responsables de la muerte de incontables Modificados. Tu madre traicionó a su gente y tu padre la ayudó a hacerlo».

«¿Una carta?», quiero gritarle al tío Jim. «¿Tenías que dejar-me esta información en una puta carta?».

Supongo que tenía alguna buena razón para escribirla, creería que alguna vez me serviría de algo, pero solo ha conseguido dejar-me con más preguntas que respuestas. Si mi madre estaba ayudando a la Compañía, ¿por qué la ejecutaron?

Mis padres ayudaron a coordinar un ataque, el trágico bombardeo que acabó con una comunidad entera de Modificados... ¿Por qué? ¿Por qué harían algo así?

¿Y qué diablos voy a hacer para ocultarles todo esto a las personas cuya confianza debo ganarme? Escapé de la ciudad pensando que iba a un lugar seguro, a un paraíso donde por fin pudiera dejar de ocultar quién soy. Sin embargo, he vuelto a la casilla de salida, joder, y tengo que volver a esconderme.

Con este secreto inmenso cerniéndose sobre mi cabeza, me siento como si entrara en la boca del lobo. O, mejor dicho, como si volara hasta ella en un helicóptero pilotado por otro hombre muerto, ni más ni menos. Alguien que pensaba que había perdido hace meses en una devastadora explosión.

Sentado a mi lado, Xavier Ford apoya las muñecas conectadas por las esposas sobre el regazo y aprieta los dientes como si tratara

de convertirlos en polvo. Está enfadado. No le culpo. Se ha pasado tres días cruzando las Tierras Oscuras, el lugar donde habitan las pesadillas, para acabar arrestado a manos de los miembros de la Revolución, a quienes al parecer lidera mi viejo amigo Kaine Suter, que ha resucitado de entre los muertos.

También conocido como Grayson Blake. Un cabrón astuto.

Ya bastante malo es que no muriera en una feroz explosión (¡le organizamos un funeral!), pero ¿descubrir que es el piloto más habilidoso de la Revolución y una absoluta leyenda entre los Modos? Increíble. Me ha engañado pero bien.

—Voy a romperle el cuello a ese capullo en cuanto aterricemos —me gruñe Xavier al oído—. Tyler murió por su culpa.

Ese recordatorio me entristece. Tyler Struck era una de mis instructoras en el programa, el curso de formación que deben pasar todos los soldados del Comando para unirse al ejército del Continente. No la conocía bien, pero Xavier y ella estaban juntos. No sé si tenían algo serio, pero sí lo suficiente como para que su muerte lo afectara.

Kaine, bueno, Grayson la guio hasta una trampa, sabiendo que el edificio iba a explotar, sabiendo que Tyler y nuestro compañero Noah Jones no iban a salir vivos de allí. Todo eso solo para que la Revolución pudiera robar un avión.

Grayson me ha preguntado antes de subirme al helicóptero si estaba preparada para la guerra. Hasta hace unos días, creía que sí. Estoy aquí porque quiero apoyar la causa. Nuestra causa. Cuando empecé a trabajar para la red con el fin de sabotear al Comando, me pasé meses en esa base escuchando cómo hablan de los Modos, viendo la manera en la que nos desprecian y temen.

Merecemos un lugar en la sociedad, como iguales, y estoy dispuesta a luchar por eso. Estoy más que preparada para colaborar con la Revolución y procurarnos una vida mejor. Pero... no sé si podría guiar a dos personas a su muerte como hizo Grayson.

Se está volviendo evidente que no es el mismo chico que conocí en el programa, siempre con una respuesta rápida, un

comentario coqueto o una sonrisa traviesa. Ahora es un agente letal de la red con una facilidad asombrosa para llevarse por delante dos vidas. Quizá no con sus propias manos, pero sí con sus acciones.

No obstante, cuando se gira en el asiento del piloto, con una sonrisa de superioridad en los labios, y nuestras miradas se encuentran, atisbo un brillo familiar en sus ojos verdes. Tardaré un tiempo en acostumbrarme a que es Grayson Blake, pero debo creer que mi amigo Kaine sigue ahí, en alguna parte.

—Hazme un favor, ¿quieres? —dice Grayson, arrastrando las palabras—. No vomites en mi pajarito.

—¿Por qué iba a...? —pregunto con el ceño fruncido, pero entonces el helicóptero se inclina sin previo aviso y el estómago me da un vuelco.

Las náuseas me suben por la garganta y debo tragar saliva a toda prisa para contenerlas. ¿Por qué estamos volando así? El helicóptero está casi ladeado. Entonces, Grayson vuelve a girar los mandos y el estómago se me revuelve de nuevo.

Desde el aire, las Tierras Oscuras son una gruesa cúpula de niebla negra que se retuerce y ondula como si fuera una masa de nubes que se mueve por el cielo. Cuando vivíamos allí, al tío Jim solía preocuparle que un avión pudiera vernos en nuestro pequeño claro, pero ahora me doy cuenta de que no tenía nada que temer: es imposible ver a través de esa ominosa oscuridad.

El escenario al otro lado de las ventanas cambia de forma abrupta cuando el helicóptero irrumpe en un valle de montaña. Fogonazos verdes y marrones me inundan la visión. Prados exuberantes. Un río estrecho y zigzagueante. Nos estamos moviendo tan rápido que apenas puedo centrarme en algo antes de que desaparezca de mi vista. No sé cómo Grayson es capaz de hacer maniobras tan precisas; es como si el helicóptero fuera una extensión de su cuerpo. No negaré que estoy impresionada.

Por fin, el helicóptero se endereza y el estómago se me asienta, al mismo tiempo que adoptamos una velocidad normal.

Frente a Xavier y a mí, dos hombres con expresión impasible permanecen atados a sus asientos. Son los que han esposado a Xavier y lo han arrastrado hacia el helicóptero en el momento en el que la Revolución ha venido a buscarnos al salir de las Tierras Oscuras. No han dicho ni una palabra desde que empezó el vuelo. Tampoco lo ha hecho la copiloto de Grayson, una joven con el pelo castaño recogido en una larga coleta y expresión reservada.

Ya he abierto una vía mental para probar sus escudos, para comprobar si puedo leer sus pensamientos, pero sus mentes son cámaras acorazadas. Tardaría bastante en buscar alguna debilidad y el tiempo es un lujo que no poseo ahora mismo. De todas maneras, no necesito habilidades psíquicas para saber lo que están pensando.

¿Estos dos hombres? Se están preparando para matar a Xavier en cuanto este pestañee de una manera que no les guste.

¿La copiloto? No si fía ni un poquito de mí.

Paseo los ojos por la ventana y me sobresalto al encontrarme observando la ladera de la montaña. ¡Vaya! No tenía ni idea de que estuviéramos tan cerca.

El helicóptero vuelve a inclinarse. Picos irregulares, acantilados escarpados y un denso bosque pasan ante mis ojos. Entonces, de repente, me encuentro contemplando un muro imponente de piedra. Estamos volando directamente hacia la montaña.

El corazón me sube a la garganta. Me preparo para el impacto, pero me asombra descubrir que la montaña se abre ante nosotros. Advierto entonces que es una fachada de roca falsa. Una entrada secreta camuflada entre las piedras. Dos enormes puertas se deslizan hacia cada lado para revelar una oscura abertura tras ellas.

Tras dejar la luz del día a nuestras espaldas, entramos en lo que parece un hangar cavernoso y, a medida que las puertas se cierran, la luz natural da paso a la artificial. El helicóptero aterriza con un golpe suave en el asfalto negro y la hélice sisea aún durante unos segundos a un ritmo constante antes de frenar hasta quedar en silencio.

—¿Estamos dentro de una puta montaña? —pregunta Xavier.

Grayson se echa a reír desde el asiento del piloto mientras se desabrocha el arnés.

—Bienvenidos a la base de la Daga Azul —nos informa—. También conocida simplemente como «la Daga».

Un millón de preguntas me bullen en la mente. ¿Por qué se llama la base de la Daga Azul? ¿Cuántas personas viven aquí? ¿Cómo han conseguido que no los detecten durante tanto tiempo? Preguntaría, pero tengo la sensación de que nadie me va a contestar mientras Xavier siga a mi lado.

—Sal —me ladra uno de los hombres con el ceño fruncido, y yo le devuelvo el gesto mientras me quito el cinturón.

El otro hombre arrastra a Xavier por la puerta lateral. Salto tras ellos y mis botas aterrizan sobre el cemento con un golpe seco.

Examino el entorno, esperando encontrar una flota entera de aviones, quizá el bombardero B-8 que Grayson le robó al Comando, pero, salvo algunos descapotables, varias motocicletas y este helicóptero, el hangar está vacío.

Recorro con la mirada la corta pasarela hasta la gigantesca pared de metal en un extremo. Atisbo los escáneres situados a cada lado y las luces rojas parpadeantes de las cámaras del techo. Seguro que el hangar principal está detrás de esa pared y que este solo se usa para los despegues y aterrizajes.

—¿Dónde estamos? —musita Xavier, dedicándole una mirada sombría a Grayson.

—Son instalaciones abandonadas de la Última Guerra. —Grayson cierra con fuerza la puerta del helicóptero y mete la mano en el bolsillo. Saca un aparato elegante y comprueba la pantalla.

Es más pequeño que los intercomunicadores de la Compañía y de color plateado, en lugar de negro. Adrienne llevaba uno parecido la primera vez que me reuní con ella para una cita secreta en la base del Comando. El hecho de que, probablemente, la Revolución cuente con su propia tecnología alimenta mi curiosidad.

—Bueno, creo que es demasiado tarde. Ya está aquí. —Le dedico una mirada—. ¿Por qué lo llamáis la Daga?

—Porque esta montaña está llena de una piedra llamada daga. Cuando los fundadores de la Revolución se toparon con este sitio tras el golpe de Estado del general Redden, adoptaron un enfoque bastante literal al elegir el nombre. —En sus ojos brilla la diversión.

Su mención al golpe de Estado es un recordatorio deprimente de que la Revolución lleva operativa veinticinco años. Veinticinco años luchando contra un régimen que quiere matar a los Modos o convertirnos en ciudadanos de segunda clase. El Aniversario de Plata del general Redden fue hace solo unos días, la celebración que marcaba el cuarto de siglo de su reinado, y yo estaba justo ahí, en la pista de baile, cuando ese reinado sufrió una devastadora derrota después de que Adrienne le corrompiera el cerebro a ese hombre. Permanecí ahí, de pie, totalmente incrédula, mientras reducía al general a un estado vegetativo ante mis propios ojos.

Tras ese recordatorio, obligo a Grayson a detenerse, agarrándolo por el brazo.

—¿Sabías lo que iba a hacerle Adrienne al general Redden en el Aniversario?

—Sí —responde enseguida, sin remordimientos.

—¿Y se lo permitiste sin más? ¡Le ha frito el cerebro!

—No puedo decir que me entristezca. Ese hombre ha matado a decenas de miles de Modos. Era el enemigo y nos enfrentábamos a él en una batalla.

Sé que tiene razón, pero... ¿no debería haber reglas en este conflicto? ¿Honor en la guerra?

«¿Honor?», se burla mi voz interior. «Incitaste a una mujer a pegarse un tiro en la cabeza».

El recuerdo me provoca una oleada de náuseas. Me tiemblan un poco las manos, de modo que las crispo sobre los costados mientras sigo a Grayson por el pasillo.

Incluso días después de aquello, no logro liberarme del horror de lo que hice. Le robé la voluntad a alguien. Es una idea nauseabunda que me hace sentir como uno de esos dioses vengativos sobre los que leí en la escuela, los que creaban mortales para luego jugar con ellos, engañarlos, seducirlos y atormentarlos a su antojo. Pero enseguida me recuerdo a mí misma que la mayoría de esos mortales eran inocentes. Jayde Valence, la mujer a la que maté, se alejaba de serlo. Era la mano derecha del general y lo ayudaba a matar y esclavizar a su gente. El mundo es un lugar mejor sin ella. Pero ¿no lo es también sin el general? Quizá destruir a un enemigo de su magnitud justifica lo que hizo Adrienne. Y lo que hice yo. Al menos eso es lo que no paro de repetirme.

Por fin llegamos a los alojamientos de la base. Grayson se detiene ante una puerta al final del pasillo y presiona el pulgar contra el escáner. El seguro se abre y entramos en lo que parece un pequeño apartamento.

El suyo, intuyo, porque su aroma a cítricos y pino flota en el aire. Tiene una chaqueta de aviador colgada de un alto taburete en la encimera de la cocina. El salón cuenta con un sofá, dos sillones y una mesa, sobre la que hay una taza de café a medio terminar y un montón de tabletas. Una puerta ancha en la pared de enfrente lleva a lo que supongo que serán el dormitorio y el baño.

—¿Vives aquí?

Asiente.

—¿Qué hago en tu apartamento, Kaine?

—Grayson —me corrige—. Pero puedes llamarme Gray. Es lo que hace la mayoría de la gente.

—¿Qué hago en tu apartamento, capullo?

Curva los labios.

—Aún no te han asignado ninguna habitación. —Se acerca a un sillón—. Tengo algo de ropa limpia que me ha dado Luisa.

—¿Luisa?

—La has conocido en el helicóptero. Mi copiloto. Tenéis más o menos la misma constitución. —Coge un puñado de prendas

del sillón y me las tiende antes de señalarme con la cabeza la puerta a mis espaldas—. El baño está por ahí. Estás cubierta de barro y hueles a hoguera. ¿Por qué no te das una ducha? Creo que, para cuando hayas acabado, la Autoridad estará lista para recibirte.

Asiento, agradecida. Me siento sucia y necesito con desesperación una ducha tras pasarme varios días en las Tierras Oscuras. Además, no me vendría mal un momento a solas.

El cubículo de la ducha es pequeño, diseñado para acoger a una sola persona. Abro el grifo y me pregunto de dónde procederá el agua, cómo llenará estas tuberías. ¿Un depósito subterráneo, tal vez? ¿Cómo filtran el aire al estar a esta profundidad dentro de la montaña? ¿Cómo controlan la temperatura? Esta base me provoca tanta curiosidad...

Me paso una pastilla de jabón por todo el cuerpo y me deshalgo del polvo del camino, observando cómo se arremolina a mis pies antes de colarse por el desagüe. Me lavo el pelo, que me ha crecido más de lo habitual y me cae más abajo del pecho. El champú huele a cítricos y me froto el cuero cabelludo tres veces porque todas esas hormigas amarillas de las Tierras Oscuras han encontrado la manera de colarse en mi pelo y mi ropa.

Cuando siento que ya no tengo ningún insecto arrastrándose por mi piel, abro el grifo y cierro los ojos. Mientras el agua me empuja la cara, por fin me permito hacer lo que llevo todo el día evitando.

Contacto con mi mejor amigo. Con Lobo. Con Cross.

Me lo imagino atareado en la ciudad, limpiando el desastre que he provocado, recogiendo los pedazos del ataque de los Modos que destruyó un hangar del Comando y se llevó una buena parte de su flota. Sin duda su hermano no debe de estar muy contento con él. Aunque nuestra relación nunca salió a la luz, Travis, el hermano mayor de Cross, sospechaba que estábamos juntos. Que lo hayan elegido como nuevo general solo complica la situación. Ahora lo controla todo. Tiene poder para castigar a Cross por cualquier presunto crimen, si es lo que quiere.

Una oleada de emoción me inunda cuando oigo su conocida voz en la cabeza.

¿Estás bien, palomita?

«Palomita».

Lo que empezó siendo una burla ha acabado convirtiéndose en un apodo cariñoso, y ahora me derrito cada vez que lo escucho. Lo prefiero antes que «princesa» o «cariño», aunque tampoco me importaría que esas palabras se escaparan de esa boca tan sexi. Joder, Cross hace que todo suene sexi. Podría recitar las páginas de un manual y seguiría poniéndome cachonda.

Me imagino su rostro perfecto, esos ojos azules de color cobalto, el hoyuelo burlón, la sonrisa traviesa... Pienso en su cuerpo alto y ancho, en sus manos grandes y hábiles. Un estremecimiento abrasador lleno de tensión me recorre la columna vertebral, pero no tiene nada que ver con el agua caliente que me golpea la piel.

Estoy bien. Hemos llegado a la base de la Revolución, le digo.

Me alegro.

Algo en su voz hace que me detenga.

¿Tú estás bien? Pareces disgustado.

Tarda un segundo en contestar.

No he podido dormir mucho desde que te fuiste.

¿Dónde estás? ¿En la sede?

Otra pausa.

Sí.

¿Qué pasa?, lo presiono.

Esto es un follón, dice al final. Toda la situación.

Aquí igual. Han detenido a Xavier.

Ya me imaginaba que pasaría algo así.

Esperaba que se los hubiera ganado al ayudarme, pero no confían en él. Voy a hacer todo lo posible para liberarlo de la celda, pero quizá necesitemos encontrar una manera de sacarlo de aquí.

En cuanto la sugerencia sale de mis labios, entiendo que es imposible. Sacarlo de la Daga supondría revelar la ubicación de la

misma y no puedo hacer algo así, ni siquiera por Cross. Estaría poniendo en peligro a todas estas personas.

No creo que sea factible, dice. Me están vigilando con ojos de balcón.

¿Travis sospecha que me ayudaste a huir?

Le he dicho que me engañaste y sedujiste a Xavier para que te ayudara, pero no sé si se lo ha creído. De todas maneras, no le gustó que te dejara formar parte de la Élite Plateada. Cree que comprometí la información del servicio de inteligencia del Comando.

Sitúo la cara bajo el chorro de la ducha para fingir que lo que me recorre las mejillas es agua, en vez de lágrimas. Odio pensar que Cross está solo en la ciudad sin nadie que lo respalde.

No estoy segura de si debo contárselo todo, pero me siento mal al guardar el secreto que acabo de descubrir.

Kaine está vivo, confieso.

¿Estás de puta coña?

No. Estaba trabajando para la Revolución durante todo el tiempo que formó parte de la sección Plata. Los ayudó la noche en la que robaron el B-8.

Lo dejo ahí porque, aunque confío en Cross, también siento una extraña lealtad hacia Grayson. Gray. Como coño se llame.

A menos que Cross se una a nosotros y trabaje para la red, no necesita saber que Kaine es Grayson Blake, el piloto sobre el que la Élite Plateada lleva tiempo intentando recopilar información.

¿Ese capullo nos estuvo engañando durante todo el tiempo?

Oye, yo también estaba allí de incógnito, le recuerdo. Si no te enfadas conmigo, no puedes enfadarte con él.

¡Los cojones! Claro que puedo.

Su gruñido de indignación me provoca una sonrisa. Es una locura lo mucho que lo echo de menos y solo llevamos separados unos días. Mis labios anhelan los suyos y me cosquillean las manos por la necesidad de pasarlas por sus músculos esculpidos, sus tatuajes, la fuerte línea de la mandíbula.

Entonces, ¿Kaine es un Modificado?, pregunta Cross, y casi puedo ver cómo su astuto cerebro militar repasa todas las implicaciones.

Sí, pero no sé qué habilidades tiene.

La piel se me está tornando roja por el calor, por lo que apago el grifo, abro la puerta de cristal y doy un paso hacia la alfombrilla negra de goma. Junto al lavabo encuentro una toalla con la que me envuelvo antes de limpiar el vapor del espejo. Gray también me ha dejado un cepillo para el pelo, otro para los dientes y más artículos de aseo personal. Mi querido amigo es un caballero.

El silencio se dilata entre nosotros. Contemplo mi reflejo en el espejo y encuentro un par de ojos color miel que me devuelven la mirada, agotados.

¿Por qué no viniste conmigo?, pregunto sin poder contenerme.

Ya sabes por qué. Debo proteger a mi madre. Y alguien tiene que mantener a raya a mis hermanos. Travis acaba de declarar una guerra.

Sí, y ahora luchamos en bandos opuestos cuando deberíamos estar en el mismo lado, digo, frustrada.

No podría haberme ido contigo aunque hubiera querido, contesta, igual de frustrado. *La Revolución me mataría en el acto. Soy el hijo del general Redden. Nunca confiarán en mí.*

¿Y si les ofrecieras información a cambio de asilo político? Dijiste que Travis estaba reuniendo a todos los Modos que conocía en los distritos. ¿Los va a matar?

Creo que por el momento está mandando a la mayoría a campos de trabajos forzados. Y ninguna información será suficiente para que me gane su confianza.

Pero ¿y si supieran que eres un Modificado?

¿Les has hablado de mí?

Su pregunta me produce un sobresalto, me deja conmovida.

Claro que no. Nunca haría algo así. Pero creo que si lo supieran...

Solo conseguiría enfadarlos aún más, concluye. No solo sería el enemigo, me considerarían un traidor. No sería mejor que Jayde Valence o cualquiera de los otros Modos leales al sistema.

Pero tú no eres leal, protesto. ¿Qué, se supone que tú solo debías derrocar un régimen que impregna todos los aspectos de la sociedad? Estás haciendo lo que puedes para cambiar las cosas desde dentro. Salvas todas las vidas posibles.

Wren, farfulla, ¿de verdad crees que la Revolución lo vería así? Porque ambos sabemos que dirían que no estoy haciendo suficiente. Y luego... me matarían, insiste.

No quiero darle la razón, pero me temo que la tiene.

Una cosa más... Antes de seguir, trato de desenmarañar el nudo inexplicable de vergüenza que siento de repente. Cuando Xavier y yo estábamos en las Tierras Oscuras, encontré una carta de mi tío en nuestra vieja cabaña. Según él, mis padres traicionaron a la Revolución. Parece ser que por su culpa mataron a cientos de Modos.

Joder. ¿Se lo has contado a alguien más?

No.

Bien, no lo hagas. El tono de Cross es brusco, rotundo. No puedes decir ni una palabra. Si se enteraran, tu vida podría correr peligro.

Lo sé.

Me aparto el pelo húmedo de la frente y cojo una toalla más pequeña con la que secármelo. Cross se queda callado de nuevo. Pasan unos segundos antes de que su voz ronca se propague por mi mente.

Margarita.

¿Sí?

Te quiero.

El corazón se me constriñe.

Y yo a tí.

Hablamos luego.

Desaparece antes de que pueda contestar, interrumpiendo el vínculo, y mi mente ya echa de menos su presencia. Me seco

el pelo con la toalla y me lo recojo en una coleta. Luego, me pongo la ropa que me ha dado Gray. Las mallas negras son elásticas, por lo que se me ajustan a la perfección, pero la camiseta es demasiado pequeña porque tengo más pecho que Luisa.

Cuando salgo al salón, Gray está hablando por el intercomunicador. Parece molesto y, al percatarse de mi presencia, se apresura a cortar la llamada.

—Ya hablaremos después —musita antes de meterse el aparato en el bolsillo.

—Gracias por la ropa —digo.

Me recorre con los ojos, que le brillan al reparar en mis pies desnudos.

—Cálzate. La Autoridad te está esperando.

—¡Bien! Qué honor. —Encuentro un par de calcetines y unas botas limpias en el sillón—. ¿Esta Autoridad —digo mientras me ato los cordones de la bota izquierda— es como el consejo directivo o algo así? ¿Cuántas personas lo componen?

—Cinco.

—Incluida Adrienne.

—Sí.

—¿Y tú?

—También.

Arqueo una ceja.

—Vaya puesto de poder tienes aquí, Grayson.

—No te equivocas, Wren.

Nos dedicamos una sonrisa y, por un momento, siento que hemos vuelto a la base del Comando. Está bien, quizá lo echaba de menos. A él, a sus carcajadas, a sus comentarios provocativos y a sus bromas arrogantes. Supongo que no me molesta del todo que siga vivo.

—¿Quiénes son los otros tres? —pregunto, incorporándome.

—Ahora los conocerás.

Nos dirigimos al ascensor y subimos a la planta de Operaciones. Gray señala una puerta doble al final del pasillo y me dice que esa es la zona de entrenamiento.

—Te va a encantar el campo de tiro —dice—. Sé lo mucho que te gustan las armas.

—No creo que puedas seguir burlándote de mi amor por las armas cuando acabo de descubrir lo mucho que te ponen los aviones.

Llegamos a una enorme puerta doble de metal con otro escáner de seguridad.

—Esta es la sala de guerra. —Gray está a punto de acercar el pulgar cuando se detiene—. Oye..., prepárate.

Hago una mueca.

—¿Para qué?

—Eh... —Cierra la boca. La vuelve a abrir. Entonces, deja escapar un suspiro—. A la mierda. Ahora lo verás —dice, y escanea su huella.

Al otro lado de la puerta, iluminada con fluorescentes desnudos, hay una amplia habitación en cuyo centro descansa una larga mesa. El techo presenta un laberinto de tuberías y conductos de ventilación, y el suelo está cubierto de oscuras baldosas pulidas que hacen que nuestros pasos reverberen. Las paredes están cubiertas de pantallas holográficas y de monitores de la época pasada, de los que necesitan un enchufe. Supongo que se trata de un sistema de emergencia.

Hay otra pantalla holográfica en el centro de la mesa. Dos mujeres están sentadas frente a ella, observando las partículas verdes y blancas que proyectan una imagen que no logro distinguir. Entonces, capto un retazo de pelo rojo y dirijo la vista a una cara conocida. Ojos grandes, boca sensual, barbilla estrecha. Adrienne tiene la clase de facciones que, juntas, no crean una cara bonita, pero sí atractiva.

A su lado hay una mujer mayor con la piel pálida y el pelo rubio corto salpicado de vetas plateadas. En la cabecera de la mesa, dos hombres están de pie, de espaldas a nosotros. Uno de ellos es un joven de unos veintitantos años, con la tez leonada y el pelo rapado, que nos dedica una mirada cuando entramos.

El segundo hombre se gira al oír nuestros pasos y la conmoción me recorre el cuerpo. Durante un segundo, no logro respirar. Los pulmones se me constriñen. La garganta se me cierra. Me quedo paralizada en el acto, totalmente sorprendida por lo que estoy viendo. Es el tío Jim.